



EL DESAFIO DE EUROPA

Felipe GONZALEZ

Me encuentro entre los responsables políticos gubernamentales que han negociado y aplicado el Acta Unica y que han negociado y aprobado el Tratado de la Unión Europea. Por consiguiente, no sólo los ciudadanos españoles, sino los ciudadanos franceses, alemanes, británicos o italianos tienen perfecto derecho a preguntarse cuáles son las razones que nos han llevado, como responsables políticos nacionales y europeos, a dar este paso en el desarrollo de nuestra Comunidad hacia la Unión.

Debo confesar que soy un convencido europeísta, que durante años de dictadura, de aislamiento político y económico, la bandera de la Europa comunitaria se identificó para nosotros, demócratas españoles, con la libertad, con ruptura del aislamiento, con desarrollo y con bienestar. Por tanto, a nadie puede extrañar que, iniciada la etapa democrática en la segunda parte de los años setenta, nuestro objetivo fuera participar en el destino de Europa, in-

tegrándonos primero en la Comunidad e impulsando su desarrollo después.

La Comunidad ha sido el instrumento fundamental para la superación de los nacionalismos que llevaron a Europa a dos guerras durante este siglo. La Comunidad ha garantizado el desarrollo económico y el bienestar en un mundo dividido en bloques, temeroso de la «guerra fría», sacudido por conflictos regionales en prácticamente to-

dos los continentes. La Comunidad ha enseñado a cooperar a los países europeos: primero a seis, después a nueve, a diez y a doce, y mañana puede que a quince o a veinte. Y esa cooperación ha permitido a sus componentes jugar un papel que aislados no habrían podido realizar en este mundo en rápido cambio, en el que se han ido configurando áreas de integración más amplias que los Estados nacionales.

La Comunidad, producida la superación de los bloques y la crisis del comunismo, se ha convertido en la pieza clave para la estabilidad europea. Lo mismo que ayer para los españoles, es hoy el referente y el centro de atracción para países muy desarrollados, como Suecia o Austria, y para países que quieren superar los graves traumas del totalitarismo, como Polonia o Hungría.

Ahora que parece que vivimos un nuevo momento de «europesimismo», de esos que de vez en cuando la Comunidad padece, sería bueno preguntarse cómo es posible que los países que no integran la Comunidad y que pertenecen a nuestra área, quieran incorporarse sin excepción a la construcción europea y a la Unión Europea, y nosotros, países participantes en ese proceso de construcción europea, nos estemos cuestionando la oportunidad de un nuevo paso hacia adelante para el desarrollo de nuestra Comunidad.

En este mundo en rápida mutación, esta Comunidad tiene que decidir ahora si per-

manece quieta, como si no fuera con ella lo que ocurre en su entorno, soportando los riesgos de una vuelta a nacionalismos trasnochados y exacerbados, o si asume el desafío de la Historia y sigue dando pasos hacia adelante, para desempeñar el papel que le corresponde en el concierto mundial.

Con frecuencia se dice de los políticos que no tenemos en cuenta el estado de opinión de nuestros conciudadanos. Yo pienso que sería más certero acusarnos o criticarnos por no ejercer con decisión la función de liderazgo que se nos encarga, conscientes de que esto significa a veces nadar contra la corriente de la demagogia, del populismo o del localismo. Imagínense si aquellos que fundaron la Comunidad se hubieran dejado arrastrar, tras la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial, por los sentimientos entonces dominantes; si eso hubiera ocurrido, Europa no habría conocido el período más largo de estabilidad, de libertad y de progreso de toda su Historia. Lo digo desde España, que estuvo ausente durante décadas de esa construcción europea.

De nuevo tenemos que decir claramente a nuestros conciudadanos de Europa, alemanes, franceses, italianos, británicos, más o menos reticentes, que esta Europa que se construye paso a paso, manteniendo y reforzando nuestras identidades propias, es la mejor solución posible para nuestros países y para los desafíos que enfrentamos.

Desde mi juventud he seguido con atención el debate político en Francia. Entonces, en aquellos tiempos de juventud, porque me servía de oxígeno democrático, desde un país sometido a una dictadura, y ahora, por mis responsabilidades políticas. Lo he seguido directamente con los responsables políticos y, también, con pasión a través de los medios de comunicación. Hoy también lo hago con otros países de la Comunidad. El gran argumento de los críticos del Tratado

La Comunidad ha sido el instrumento fundamental para la superación de los nacionalismos que llevaron a Europa a dos guerras durante este siglo.

de la Unión, en los diversos rincones de Europa, es —expreso, además, mi pleno respeto democrático por esos críticos— la pérdida de soberanía nacional que comporta el Tratado.

Permítanme un desafío que no va dirigido a nadie, sino al esfuerzo intelectual de cualquier persona de buena fe: que se busque una sola línea del Tratado de la Unión que suponga una pérdida de soberanía sobre la situación actual, en materia política, en materia económica o en cualquiera de los derechos cívicos de nuestros compatriotas. Es verdad que queremos compartir soberanía; es falso que cedamos a supuestos centros de decisión, ajenos a nuestros países o a los Estados que conforman la Comunidad, ni un ápice de soberanía. Es verdad que queremos una estabilidad monetaria y cambiaria a través de una institución, de todos y para todos, que nos permita superar dependencias, que hoy sí existen, de unas monedas respecto de otras.

Es verdad que queremos que cualquier ciudadano —un estudiante, un empresario, un trabajador, un intelectual o un artista— se sienta libre en el espacio que compartimos, sin someterse a cambios de monedas, a trabas fronterizas, y empezando a tener, junto a sus derechos como ciudadano francés o británico o alemán o español o italiano, un conjunto de derechos como ciudadano de Europa. Y es falso que haya quien pierda su identidad por ello. Al contrario: no sólo mantenemos nuestra identidad como ciudadanos de nuestros países, sino que reforzamos esa identidad ampliando nuestros derechos como ciudadanos europeos.

Es verdad que queremos mejorar nuestra cooperación en materia de política exterior y de seguridad para ir configurando entre todos, libre y soberanamente, una política exterior y de seguridad común. No es posible reprochar a la Comunidad que no sea eficaz para resolver un problema, como el

***Esta Europa que se construye
paso a paso, manteniendo y
reforzando nuestras
identidades propias, es la mejor
solución posible.***

de Yugoslavia, y no darle siquiera la posibilidad y los medios de actuar en una crisis como la yugoslava. Es necesario superar esa contradicción que vivimos día a día en nuestros países. Es falso que esta facultad, la facultad de decidir en nuestra política exterior o de seguridad, vayan a tenerla otros, supuestos burócratas de un centro ajeno a nuestros Estados nacionales.

¿Alguien piensa, seriamente, hoy día, que podemos hacer un papel relevante en el concierto mundial actuando cada uno por nuestra cuenta? ¿Tenemos que aceptar, resignadamente, que sean otros los que tomen las decisiones que afectan a Europa y al mundo, porque no somos capaces de coordinar nuestras políticas nacionales y nuestros esfuerzos en una política exterior y de seguridad común?

El signo de los tiempos que vivimos es el de la creación de espacios más amplios que los espacios nacionales para responder a los problemas y a los desafíos de la interdependencia. Hoy, ni la economía, ni la ecología, ni la seguridad se resuelven exclusivamente dentro de las fronteras de un país, aunque este país sea poderoso.

La Europa comunitaria ha sido pionera en el mundo, tal vez por su dura experiencia histórica, de esta fórmula de integración supranacional, si quieren regional, en el sentido amplio que hoy se ensaya en todos los rincones del mundo: en América Latina, en América del Norte, como primeros pasos del ensayo de integración, más allá de sus

***¿Tenemos que aceptar,
resignadamente, que sean otros
los que tomen las decisiones
que afectan a Europa y
al mundo?***

fronteras, de Estados tan poderosos como Estados Unidos. Europa debe seguir siendo pionera en beneficio de nuestros pueblos, de esta experiencia de integración.

Hablemos ahora del principio de subsidiariedad. Es complicado trasladar a la opinión pública un principio jurídico de difícilísima explicación entre los propios especialistas. ¿Qué es lo que hemos pretendido con el Tratado de Maastricht? —un Tratado imperfecto, como toda obra humana compleja; la perfección es sólo para la extrema derecha y para la extrema izquierda, para las tentaciones totalitarias—. Hemos pretendido algo muy simple: hacer posible que lo que se haga mejor en Bruselas entre todos, lo hagamos entre todos; que lo que se haga mejor a nivel nacional, lo hagamos a nivel nacional; y lo que se haga mejor a nivel regional o local, lo hagamos a nivel regional o local.

Eso es lo que hemos pretendido con el Tratado, ese es el principio de subsidiariedad: que no se invadan los campos donde se ejerce mejor, al servicio de los ciudadanos, una competencia concreta. Las grandes redes transeuropeas no podrá resolverlas un ayuntamiento, ni siquiera Francia o España, por su cuenta; tendrán que resolverse a nivel europeo. Podemos atacar algunos problemas medioambientales, como la limpieza de las aguas residuales de la ciudad, en el ámbito municipal, pero la lluvia ácida no se va a parar ni va a respetar una frontera nacional, por mucho apego que sintamos a ella.

Por consiguiente, intentemos hacer un esfuerzo de repartir responsabilidades, con la vista puesta, simplemente, en el mayor grado de eficacia al servicio de nuestros conciudadanos.

Son frecuentes los golpes contra la llamada burocracia de Bruselas. Yo creo que es una gran falacia. Yo no he pertenecido nunca al aparato burocrático de mi país, no soy funcionario, vengo de fuera. A veces me irrita la lentitud de la burocracia, pero digamos la verdad: Bruselas, es decir, la Comunidad Europea, tiene el mismo número de funcionarios que cualquier ciudad media-grande de la Comunidad Europea —digo ciudad—, es decir, pocos más funcionarios que Marsella, muchos menos que Madrid o que París, aproximadamente 17.000 funcionarios para 320 millones de europeos. Esa es la gran burocracia que nos va a abrasar. Se oyen esas críticas en muchos rincones de Europa.

Bruselas gasta el 1,2 por 100 del presupuesto comunitario en pagar a ese «monstruo» burocrático, es decir, de cada 100 ecus, paga poco más que uno en funcionarios; pero es que de cada 100 ecus de Producto Bruto comunitario, toda la operación de la Comunidad gasta 1,2.

Hablar de la burocracia de Bruselas como algo que agobia a nuestros países, simplemente no es justo y no es razonable, y esto no significa que no haya que seguir combatiendo cualquier esquema de burocratización. Simplemente hay que tener la medida exacta de lo que está ocurriendo.

Esta Europa que atrae a suecos, a austriacos, a polacos, a checos, a húngaros, a rumanos, a todos los países del entorno de la Comunidad, sean del Este, del Sureste o del Norte, más ricos o menos desarrollados, con gran experiencia democrática o con poca o ninguna experiencia democrática; esta Europa se gestiona con el 1,2 por 100 del Pro-

ducto Bruto de la Comunidad. Todas sus políticas se hacen con esa cantidad de dinero. Se ha conseguido un grado de eficacia que, probablemente, ninguno de nuestros Estados nacionales tiene en función de las políticas de desarrollo. Por consiguiente, las críticas habría que ponerlas en una medida justa.

Soy de los que asumen el Tratado de la Unión como lo mejor para el futuro de nuestros países, y para el presente de nuestros países, porque sólo la Europa comunitaria tiene un sólido proyecto de integración en un mundo en que los problemas se resuelven mejor unidos que separados. El éxito de la Comunidad lo avalan todos esos países que están llamando a sus puertas y con los que tendremos que ser generosos y abiertos para darles cabida en el proyecto de la Europa grande, de una Europa para todos.

En segundo lugar, asumo la responsabilidad del Tratado porque aporta a nuestros países los mecanismos para afrontar sus responsabilidades internacionales. Solos tampoco podríamos hacerlo. Decía bien Michel Rocard: no da la solución, no hay ningún Tratado, ninguna Constitución que ofrezca la solución; da el instrumento: dependerá de la voluntad política y de la capacidad de hacer política de los países miembros el que esos instrumentos sean eficaces para encontrarlas.

En tercer lugar, porque aumenta la democracia interna de la Comunidad: más poder al Parlamento europeo, sin mermar los poderes de los parlamentos nacionales, y ofreciendo, por primera vez en Europa, a los ciudadanos de todos nuestros países, un esquema, una base de ciudadanía europea. Es un paso relativamente tímido. Podríamos haber ido más lejos. Pero cuando un ciudadano de cualquiera de nuestros países se encuentre en Katmandú, cualquier Embajada, cualquier Consulado comunitario tendrá que atenderlo, sea cual sea su nacionalidad de

origen. Por consiguiente, estamos extendiendo un derecho ciudadano allí donde los Estados nacionales, por cualquier circunstancia (tradicción histórica o cualquier otra dificultad), no llegan. Cualquier otro Estado nacional miembro de la Comunidad tendrá la obligación de atender consularmente a los ciudadanos del conjunto de Europa.

Asumo la responsabilidad de este Tratado porque aumenta la eficacia en la toma de decisiones del Consejo respetando la soberanía de todos nuestros países; lo asumo porque es la mejor vía para garantizar el bienestar y la solidez de la Comunidad, dotándola de una Unión Económica y Monetaria que haga simplemente operativo el Mercado interior. Alguien ha puesto ya este ejemplo, y es tan gráfico que no resisto la tentación de recordarlo: ¿imaginan ustedes un ciudadano de Estados Unidos viajando desde California a Washington y teniendo que cambiar en cada uno de los Estados sus monedas, perdiendo dinero inútilmente, porque no hemos tomado los políticos la decisión de que se pueda circular con una moneda única entre todos nuestros países? ¿Imaginan la libertad de movimiento de mercancías o de cualquier otra cosa, sin limitaciones a esa libertad básica de comprar en cualquier sitio o moverse, sin tener que pasar por los trámites y los controles burocráticos que existen hoy?

Asumo el Tratado de la Unión porque refuerza la solidaridad entre nosotros frente a los egoísmos localistas de corto alcance. La

***La Comunidad Europea
tiene el mismo número
de funcionarios que
cualquier ciudad media-grande
de Europa.***

***El Tratado aumenta la eficiencia
en la toma de decisiones del
Consejo respetando
la soberanía de nuestros
países.***

cohesión económica y social se convierte en una pieza fundamental del desarrollo futuro de nuestra Comunidad. Y aquí, si alguien cree que la factura es muy cara, que piense cuánto cuestan las barreras nacionales y las soluciones aisladas. Nosotros, los españoles, hemos vivido las soluciones de aislamiento y las barreras nacionales durante décadas, y sabemos cuál es su precio. Y si tiene alguna duda el ciudadano europeo en general, yo le rogaría que mirase en su entorno, o hacia el Este o hacia el Sur, para que pudieran identificar nuestra propia experiencia vital como Comunidad y nuestro proyecto de unidad.

En definitiva, si alguien tiene mejores soluciones para garantizar la prosperidad y la estabilidad, lo razonable es que las presente. Siempre ha sido más difícil construir que criticar a los constructores. Las críticas son saludables, son bienvenidas, pero hay un viejo refrán en mi tierra que dice: «Una

cosa es predicar y otra dar trigo». A los que predicán contra Maastricht habría que decirles qué trigo pueden ofrecer alternativamente al Tratado de la Unión.

Quiero afirmar mi confianza en la Unión Europea, porque apoyar este Tratado es apoyar la estabilidad y la seguridad de nuestro futuro; es apoyar el mayor peso y el mayor prestigio de la Comunidad y de cada uno de sus Estados miembros, es apoyar la mayor solidaridad interna e internacional, y es apoyar el despegue de nuestras economías con crecimientos estables. Cuatro décadas después de que los fundadores iniciaran este gran proyecto, apoyar a Maastricht es también un acto de lealtad histórica a ese gran impulso que superó el caos y el enfrentamiento interno en Europa.

Hoy, por convicción, debemos hacer de la Unión Europea el eje básico de la construcción de la nueva Europa tras la liquidación de la política de bloques. Si perdemos esta oportunidad nos costará, al menos, una generación recuperarla, si es que no nos cuesta un retroceso irreversible en el horizonte que uno es capaz de ver en política.

*Discurso pronunciado en Estrasburgo
(Francia), el 2 de septiembre de 1992, con
motivo del referéndum francés sobre el
Tratado de Maastricht.*